

La crónica, una tradición periodística y literaria latinoamericana

Andrés Alexander Puerta Molina¹.

Recibido: 18 de junio de 2016 /Aceptado: 14 de noviembre de 2016

Resumen. Este artículo indaga acerca de la crónica, un género de periodismo narrativo latinoamericano por excelencia, que ha ayudado a la definición y a la promoción de la identidad de los distintos países que van desde río Bravo hasta la Patagonia y que, además, ha brindado significativos aportes a la narrativa del continente. La crónica latinoamericana ha tenido distintos momentos de esplendor que han nutrido a la literatura, desde *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle hasta el presente en el que una brillante generación se ha encargado de retratar, de forma muy acertada, las distintas realidades que ocurren a diario desde México hasta Argentina.

Palabras clave: crónica; Latinoamérica; Juan Rodríguez Freyle; José Martí; Rodolfo Walsh; Gabriel García Márquez.

[en] Chronic, a Latin American journalistic and literary tradition

Abstract. This article enquires about how the chronicle, as a genre of narrative journalism, Latin American par excellence, which has helped define and promote the identity of the various countries that go from Río Bravo to Patagonia and that has also provided significant contributions to the continent's narrative. The Latin American chronicle has had different moments of splendor that have nurtured literature, from *El Carnero* by Juan Rodríguez Freyle to the present in which a brilliant generation has been in charge of portraying, in a very correct way, the different realities that occur daily from Mexico to Argentina.

Keywords: Chronicle; Latin America; Juan Rodríguez Freyle; José Martí; Rodolfo Walsh; Gabriel García Márquez.

Sumario. 1. Introducción. 2. Metodología. 3. La crónica en América Latina. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Puerta Molina, Andrés Alexander. (2018). La crónica, una tradición periodística y literaria latinoamericana. *Historia y comunicación social*, 23 (1), 213-229.

1. Introducción

Hablar de América latina implica, en buena medida, hablar de crónica. La crónica ha sido un género latinoamericano por excelencia, en América latina ha recibido impulso, América latina ha sido una cuna para ella. Los cronistas latinoamericanos han recibido una notable influencia de Estados Unidos y de Euro-

¹ Universidad de Medellín
andrespuerta@udem.edu.co

pa, especialmente de España, pero en América latina se han trabajado temáticas y maneras de ejercerla muy auténticas. Desde *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, pasando por el laboratorio casi científico que representó para los modernistas, hasta el relato de la violencia y las violencias de los cronistas argentinos, colombianos y mexicanos que estremecen a los lectores de la época actual con sus historias. Eso sí, también tiene espacio para darle voz a los que nunca la han tenido y para dar protagonismo a unos personajes que nunca cabrían en la primera página de un periódico.

Claudia Darrigrandi, en su texto *Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio* plantea que “La crónica ha sido también un medio (no exclusivo) para ejercitar la definición de la identidad latinoamericana en oposición a una identidad anglosajona o ibérica” (Darrigrandi, 2013: 136). Aunque ha habido aportes de europeos y estadounidenses, la crónica ha desarrollado una personalidad propia y sus temáticas se han concentrado en promover la identidad de lo latinoamericano, en los textos aparecen las cualidades y defectos de cada una de las ciudades que son relatadas.

Una idea similar tienen Francisco Sierra Caballero y Antonio López Hidalgo, quienes en su texto *Periodismo narrativo y estética de la recepción. La ruptura del canon y la nueva crónica latinoamericana* expresan que

la nueva crónica latinoamericana retoma este pulso vital, esta voluntad de descubrir y mostrar el universo perplejo, la vida cotidiana de los sectores populares, con sus estrategias de lucha y la supervivencia, contando historias que conmueven, asombran e indignan, en un diálogo permanente con la literatura y el análisis social (Sierra Caballero y López Hidalgo, 2016: 923).

Los autores hablan de un retomar porque comparan el fenómeno de la crónica actual con el *Boom* de la literatura latinoamericana y el trabajo fundamental de autores como Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. En esta comparación destacan el crecimiento en la recepción que los cronistas actuales han tenido en países como España, donde se han publicado antologías, se imparten seminarios y los principales exponentes del género han tenido presencia en los principales periódicos.

Al indagar en la realidad de toda América latina se puede comprobar que los cronistas estaban muy pendientes de su tiempo y que tomaban el pulso de la realidad de una manera muy particular. Por eso es importante el trabajo de Rodolfo Walsh, quien dejó testimonio de una época de dictaduras en Argentina.

De igual manera, la etapa periodística de Gabriel García Márquez quien en sus comienzos escribió reportajes y un testimonio apasionante que se lee como si fuera una novela, pero con la emoción adicional de que todo lo que cuenta en *Relato de un naufrago* es real, es particularmente interesante una época en la que ya era una celebridad planetaria y escribía una columna semanal, las Notas de Prensa de 1980 a 1984 son una muestra del talento desaforado y la intuición medida de García Márquez quien mantuvo una calidad constante que no fue interrumpida ni siquiera por los ecos del premio Nobel que estaba a punto de recibir. También la obra del mexicano Carlos Monsiváis, quien se convirtió en un vocero de la cultura popular mexicana y mezcló el habla de la gente en la calle, las representaciones en el cine, en la televisión y en la música con su cultura enciclopédica.

Actualmente hay una generación de periodistas que son los que mejor relatan lo que sucede en el continente, que beben de la tradición que les precede y han llevado al género a un lugar tan alto que han despertado el interés en países como: España, Italia, Inglaterra, Austria y han hecho que se hable de un nuevo *Boom* o gran auge de la literatura latinoamericana que ha llegado en forma de crónica.

2. Metodología

Este trabajo es un estudio en el que se analiza el periodismo narrativo y se abordan las relaciones entre el periodismo y la literatura. Como referentes teóricos se usan algunos escritos realizados por periodistas y escritores, así como otros dados a conocer desde el ámbito académico por investigadores tanto de la teoría periodística como de la literaria.

El objetivo era realizar un análisis de las relaciones entre el periodismo y la literatura en el devenir histórico, el cuestionamiento del canon literario tradicional a la no ficción. La idea era llegar a una conclusión que permitiera argumentar por qué la crónica está ligada al desarrollo de la literatura en América Latina y por qué en la actualidad se ha convertido en uno de los géneros literarios con mayor desarrollo y profundidad, el que mejor cuenta lo que está sucediendo en el llamado Nuevo Mundo.

El proceso de la investigación comprendió la lectura interpretativa desde una perspectiva semiótica de los libros y de una serie de crónicas propuestas en un amplio corpus. Los textos que indagan acerca de las relaciones entre el periodismo y la literatura, así como los libros de algunos cronistas latinoamericanos fueron utilizados como fuentes primarias.

En el análisis de las formas de periodismo narrativo se plantea la idea de que algunas obras periodísticas puedan convertirse en formas de literatura. Para sustentar estos planteamientos se recurre a referentes teóricos como *Ficción y dicción*, de Gerard Genette (1991), quien propende por unas maneras en las que pueden considerarse como textos literarios formas narrativas no canónicas, entre ellas la Historia y ciertos tipos de periodismo. Genette argumenta que la literariedad de los textos no está determinada sólo por su contenido, con un componente ficcional, sino también por su forma.

Así mismo, se tiene en cuenta el trabajo de Tzvetan Todorov (1988) quien se pregunta: ¿de dónde vienen los géneros?, y responde: “muy sencillamente, de otros géneros. Un nuevo género es siempre la transformación de uno o de varios géneros antiguos: por inversión, por desplazamiento, por combinación”.

En el periodismo narrativo hay conciencia de las relaciones entre periodismo y literatura, el uso de recursos intercambiables y la aplicación de estrategias similares en la concepción de los textos; por eso se toman como referencia los trabajos de investigación y de reflexión que han realizado periodistas y escritores, quienes han estudiado esa interacción.

En el análisis es fundamental la definición y las características de la crónica, un género que está ligado al origen del hombre. Algunos teóricos ubican su comienzo en la Biblia, pero hay otros que lo sitúan en el inicio de las civilizaciones.

La crónica es una zona de tránsito libre, en la que confluyen distintas disciplinas es narrativa, descriptiva y opinativa. La crónica además está ligada al desarrollo de la literatura opinativa en América Latina.

Actualmente la crónica ha tenido un gran desarrollo en América latina. Se ha generado un ambiente propicio con el surgimiento de revistas, premios y la publicación de libros. Además hay una generación de cronistas que ha llevado este género a un lugar muy destacado. Por último, se analizan los trabajos seleccionados desde disciplinas como la literatura comparada, la retórica y la semiótica.

3. La crónica en América latina

La crónica es un género latinoamericano por excelencia. En América, en momentos definitivos, la crónica ha recibido un impulso vital. Llegó con los llamados Cronistas de Indias, normalmente sacerdotes que venían a catolizar a los nativos y que registraban lo que veían en el Nuevo Mundo. En el análisis de sus textos están los gérmenes del desarrollo de este género en América. Los cronistas de Indias fueron definitivos para autores como Gabriel García Márquez y son el comienzo para el denominado Realismo mágico.

Su trabajo está lleno de mitos propios, contrastados con lo que realmente vivían en América y con la idea de justificar su trabajo, sin importar exagerar e inventar historias. No son un referente para la crónica periodística; pero, sin duda, representan una base para la literatura latinoamericana. Para Carlos Monsiváis, en el prólogo del libro *A ustedes les consta: Antología de la crónica de México* en el trabajo de los Cronistas de Indias hay observación, anotación, comparación y muchas historias inventadas, para conseguir hacer habitable el Nuevo Mundo con la imposición de las costumbres de los peninsulares.

Monsiváis es consciente de que hay un fuerte componente ficcional en la obra de los Cronistas de Indias, que explica Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, cuando afirma que Colón quiso interpretar el Nuevo Mundo a partir de la palabra, lo abrió para los exploradores y lo descubrió para la imaginación de los europeos.

El trabajo de los Cronistas de Indias estuvo cargado de imaginarios: América como tierra de abundancia, el indígena como un noble salvaje. El propio Cristóbal Colón tiene un relato cargado de esos imaginarios en su *Diario de abordo*, en el que se sorprende de que haya numerosos puertos, tierras altas con sierras y montañas y también que no haya estaciones, por los que los árboles permanecen frondosos y florecidos todo el año.

En el trabajo de los cronistas empieza a actuar lo leído y oído, las leyendas bíblicas, clásicas o medievales, las maravillas narradas por Plinio y Marco Polo. En el *Diario de abordo*, Colón ve a un grupo de Manatíes, piensa que son sirenas y expresa que no parecen tan hermosas como las pintan.

Después, en su trabajo de campo, los cronistas imaginan que los nativos les cuentan historias de amazonas, cíclopes y hombres con cola, con cara de perro, sin cabello. Muestran un mundo desde los imaginarios culturales ya existentes respecto a tierras fantásticas más que desde la misma realidad. En este proceso juegan intereses particulares de poder o riqueza, evangelización y dejar huella para la Historia.

En la labor de los cronistas también queda reflejado cómo se van perdiendo los modos de representación en el mundo indígena, nacidos de su modo de percibir y apreciar su universo, su realidad, sus vivencias, su tierra y sus selvas; cómo fueron influidos por los modos occidentales, incomprendidos, ignorados, sustituidos, modi-

ficados, borrados. Además de la pérdida de vidas y de la dignidad, hubo pérdida de los elementos míticos y cosmogónicos.

El hecho de contener un alto grado de invención, hace que este tipo de relato se aleje de los intereses de esta investigación. Por eso comenzaremos con *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle, un texto que puede incluirse dentro de la denominada crónica histórica que da cuenta de los viajes, las conquistas y las experiencias propias que ofrece un lugar al que se viaja.

Juan Rodríguez Freyle fue un criollo nacido en Santafé de Bogotá. Hijo de Juan Freyle y Catalina Rodríguez, venidos de España y unos de los primeros pobladores de la capital del Nuevo Reino de Granada.

Rodríguez Freyle fue seminarista, buscador de tesoros, soldado y labrador. A la edad de setenta años comenzó a escribir una historia que reuniera sus vivencias.

El Carnero inaugura la crónica de ciudad, se detiene en las costumbres locales, registra un periodo temporal de una comunidad determinada, con las noticias políticas, crímenes famosos, pestes, costumbres y escándalos.

Juan Rodríguez Freyle narra los acontecimientos del descubrimiento y la conquista del Nuevo Reino de Granada, así como la fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá. *El Carnero* tiene fuerte contenido histórico; pero también incluye la ficción a través de relatos breves.

Desde el principio, el propio Rodríguez Freyle se ve a sí mismo como un cronista, que da cuenta de unos hechos a través de una voz propia:

Y volviendo a mi propósito digo, que aunque el reverendo fray Pedro de Simón, en sus escritos y noticias y el padre Juan de Castellanos en los suyos trataron de las conquistas de estas partes, nunca trataron de lo acontecido en este Nuevo Reino, por lo cual me animé yo a decirlo; y aunque en tousco estilo, será la relación sucinta y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco lleva raciones poéticas, porque sólo se hallará en ella desnuda la verdad, así en los que le conquistaron como en casos en él sucedidos (Rodríguez, 1975: 32).

En esta declaración es clara la idea de contar noticias y dejar huella de lo que sucedió en un lugar determinado, en un momento determinado, el objetivo de la crónica. *El Carnero* es, a la vez, un texto periodístico, histórico y literario.

Para sustentar el rigor periodístico, Rodríguez Freyle, además de su vitalidad narrativa, cita a fuentes directas, a los protagonistas de muchas de las historias que relata. De igual forma, da cuenta de algunos documentos a los que tuvo acceso. También es un texto rico en vivencias personales del autor:

Se asomó una mujer al balcón de las casas reales, dando voces: “¡Que se muere el presidente! ¡Que se muere el presidente!”.

Hernando Arias Torero, que era mayordomo de la obra de la iglesia mayor, se estaba vistiendo junto a la puerta de su casa; oyó las voces, y sin acabarse de vestir fue corriendo por la plaza a casa del presidente. Antonio Cid, que era cantero de la propia obra, venía saliendo por la esquina de la calle real; y como vio correr a Hernando Arias, partió tras de él corriendo. Llegando al campanario, donde yo estaba, soltó la capa diciendo: niño, tráeme esta capa; alcela y fuimos tras ellos. Subimos a la cama del presidente, pero cuando llegamos ya estaba muerto. Dijo

la mujer que de una purga que había tomado, que no la pudo echar el cuerpo. Está enterrado en la catedral de esta ciudad (Rodríguez, 1975: 142-143).

La primera persona le da mayor credibilidad al cronista que presencié los hechos que cuenta, le proporciona una cercanía que transmite una seguridad al lector. El cronista estuvo ahí, fue testigo de primera mano. La multiplicidad de fuentes que utiliza Rodríguez Freyle le dan un gran valor histórico a su relato. Carlos Mario Correa, en su texto *La crónica reina sin corona* (2011) analiza esta situación y expresa:

El historiador Miguel Aguilera, en su “Comentario crítico-biográfico a la edición del *El Carnero* de la Editorial Bedout (1968), juzga que por la “precisión matemática” de algunas referencias, se echa de ver que Rodríguez Freyle tuvo permiso para consultar los libros del Acuerdo de la Real Audiencia; y que por la cita de autoridades religiosas, políticas y filosóficas se conoce que poseyó algunos libros que “fueron sus inseparables y fieles consejeros”; mientras que por la calidad y precisión de sus reminiscencias se deduce que llevaba apuntes de sus observaciones para auxiliar la memoria (Correa, 2011: 110).

De esta reflexión podemos tomar varios aspectos que son definitivos en la crónica moderna. La consulta a distintas fuentes y los apuntes que “auxilian la memoria”. De hecho, el propio Carlos Mario Correa considera a Rodríguez Freyle “un adelantado de la crónica periodística” y encuentra algunos aspectos que son constitutivos de la crónica y que están presentes en *El Carnero*:

- El cronista ubica espacial y temporalmente su historia.
- El cronista reúne nombres propios de personas, instituciones y establecimientos; fija fechas, sucesos, testimonios, anécdotas y documentos para asegurar la veracidad.
- El cronista narra los hechos en un acto de lealtad con la condición formal y de intenciones literaria que tiene la crónica en sus orígenes y que no perdió en su evolución y adaptación como género periodístico.
- El cronista presenta una visión personal y valorativa de los acontecimientos.
- El cronista se pone en el centro de la narración como prueba de que está inmerso en los acontecimientos, que su historia tiene información de primera mano porque él estuvo en el lugar de los hechos y muy cerca de los personajes que los protagonizaron (Correa, 2011: 115-124).

Todos estos aspectos que están presentes en *El Carnero* lo hacen un libro precursor de la crónica latinoamericana, un documento que, a pesar de los relatos de ficción, tuvo la ambición de fijar el momento histórico vivido, a través de un texto entretenido y estético en una clara conjunción entre el periodismo y la literatura que lo convierten en pionero.

Otro caso paradigmático en la crónica de América Latina es el trabajo que hicieron los poetas modernistas. La crónica fue uno de los pilares en el desarrollo de este movimiento artístico.

La mayor parte de la obra de José Martí y Rubén Darío fue escrita en periódicos, sin embargo este tipo de textos no han sido analizados de forma suficiente. Los géneros del Modernismo y de las posibilidades de ampliar las concepciones estéticas de sus poemas se encuentran en los relatos periodísticos que ambos publicaron en la prensa durante años. Susana Rotker, en su libro *La invención de la crónica* (2005), analiza este fenómeno:

La crónica es el laboratorio ensayo del estilo modernista, en lugar de nacimiento y transformación de la escritura, el espacio de difusión y contagio de una sensibilidad y de una forma de entender lo literario que tiene que ver con la belleza, con la selección consciente del lenguaje; con el trabajo por medio de imágenes sensoriales y símbolos, con la lectura de lo extranjero y lo propio, de los estilos, de los géneros, de las artes [...] El camino poético comenzó en los periódicos y fue allí donde algunos modernistas consolidaron lo mejor de su obra (Rotker, 2005: 108).

Los periódicos y la crónica se convirtieron en un espacio para experimentar el tipo de trabajo que desarrollaron los modernistas, allí hicieron exploraciones y renovaciones profundas en la literatura y el periodismo de habla española. El trabajo de Rotker analiza sobre todo los textos de José Martí, uno de los autores que más aportó al crecimiento de la crónica literaria:

Martí parecía consciente de que el periodismo permitía a los escritores lo que no les deparaba el mercado de los libros: la democratización de la escritura. Es decir: acceso a más público a través de un instrumento en el que podían trabajar no sólo las élites, sino las capas medias (Rotker, 2005: 113).

Para Martí era claro que los libros estaban reservados a unos pocos; los periódicos, en cambio, eran de acceso más público, por eso su obra iba a tener una mayor difusión; pero no sólo esta razón lo impulsó al ejercicio de la crónica, también entendió que este género le permitía unas reflexiones y unos alcances diferentes a los de la poesía:

La crónica habría de aportar no sólo una práctica de escritura a los modernistas, sino una conciencia concreta de su instrumento y nuevas formas de percepción. Porque terminó cambiando incluso la concepción de los temas *poetizables*: el hecho concreto, lo prosaico, la vida diaria, el instante, todo es capaz de convertirse en poesía, pasado a través “del alma” del poeta (Rotker, 2005: 118).

Lo apresurado, lo simultáneo, lo inmediato requerían unas formas diferentes para poder contarse, había que encontrar una poética en la realidad, una poética que además estaba presionada por la hora de cierre. Autores como Martí tuvieron que esforzarse al máximo para captar el momento presente:

La crónica, por sus características, era exactamente la forma que requería la época. En ella se producía la escritura de la modernidad, según los parámetros martianos:

tenían inmediatez, expansión, velocidad, comunicación, multitud, posibilidad de experimentar con el lenguaje que diera cuenta de las nuevas realidades y del hombre frente a ellas (Rotker, 2005: 148).

El periodismo le dio un impulso vital al Modernismo, a la visión que tenían los poetas que se relacionaron con la realidad y produjeron textos renovados. La presión por entregar el texto a tiempo, la volatilidad de la realidad cambiante le dieron un nuevo aire a la poesía y, a su vez, se logró una poética en la crónica literaria:

Cualquier lectura de las crónicas revela que en ellas se introdujeron rasgos que caracterizan en buena medida los textos poéticos modernistas: plasticidad y expresividad impresionista, parnasianismo y simbolismo, incorporación de la naturaleza, búsquedas en el lenguaje del Siglo de Oro español, la absorción de la velocidad vital de la nueva sociedad industrializada (Rotker, 2005: 16).

En la crónica comienzan a aparecer los rasgos que definieron las características de la poesía modernista y también unos recursos propios de la crónica literaria. La crónica para los Modernistas no fue simplemente un recurso para que los autores se ganaran la vida, también fue un espacio de reflexión, un escenario privilegiado para captar las transformaciones que se vivían:

Ser moderno significaba, en reglas generales, medio ambiente novedoso: ferrocarriles, máquinas de vapor, fábricas, telégrafos, periódicos, diarios, teléfonos, descubrimientos científicos, centros urbanos que cambiaban la conformación de la sociedad y la distribución de las tradicionales clases sociales [...] Imperaba a la vez la percepción del cambio, de la transformación y mutabilidad constante del espacio y de los conocimientos, de la materia, de los logros de la civilización y hasta del organismo humano. Era un sistema inestable, donde prendieron las ideas darwinianas sobre la evolución: el triunfo de los más fuertes y el principio de que los cambios evolutivos eran cambios hacia algo mejor (Rotker, 2005: 31-32).

Los Modernistas en sus poemas; pero especialmente en sus crónicas desarrollaron la mejor forma de contar la transformación de grandes centros urbanos como Ciudad de México y Buenos Aires. Así mismo, la paulatina incorporación de las demás capitales hispanoamericanas a las tendencias generadas por la información internacional que les llegaba ya no sólo a través de los libros y los viajes, sino a través del periodismo:

Modernidad es, en una primera instancia, un sistema de nociones de progreso, cosmopolitismo, abundancia y un inagotable deseo por la novedad, derivados de los rápidos adelantos tecnológicos de los que se tenía conocimiento, de los sistemas de comunicación y, sin duda, de la lógica de consumo de la leyes de mercado que se estaban instaurando (Rotker, 2005: 34).

El periodismo y especialmente los modernistas, cultores de la crónica literaria, reflejaron las transformaciones de las grandes ciudades y fue la crónica la mejor manera de retratar una época definitiva para América Latina y su literatura.

Otro caso importante dentro de la crónica latinoamericana se da en Argentina. Aunque los norteamericanos dicen haber inventado el Nuevo Periodismo en 1960, para los argentinos el creador es Rodolfo Walsh, con su novela de no ficción *Operación masacre*, que relató los hechos ocurridos en 1956, cuando se presentó un contra-golpe militar fallido a la dictadura. En un terreno baldío de la provincia José León Suárez, de Buenos Aires, fueron fusilados varios civiles sospechosos de hacer parte del levantamiento. A casi seis meses del hecho, alguien le dijo al escritor y periodista Rodolfo Walsh que un fusilado vivía. Gracias a la investigación, Walsh descubrió que había siete sobrevivientes, los contactó y contó su historia.

Este libro es un apasionado relato que incluye el testimonio de los entrevistados y un narrador, el propio Walsh, que trata de mantenerse al margen sin contaminar el texto con sus opiniones, que expresa sólo a través de lo que decide contar y lo que guarda.

Kevin Alexis García, en su texto *Periodismo, arte y testimonio. Operación masacre: el legado de un escritor anfibio* (2009) valora el trabajo de Walsh y lo inscribe dentro de la literatura testimonial:

Hijo de su tiempo, Walsh expresó hasta sus últimos días el compromiso de dar testimonio de su época, marcada continuamente por momentos opresivos. En su intención de testificar para la justicia y la historia, sin sospecharlo, con su obra *Operación Masacre* Rodolfo Walsh cifrará las bases para la consolidación de un género fundamental en la comprensión de nuestras violencias, que se consolidará a partir de los años sesenta en el continente: la narrativa testimonial, categoría creada con urgencia para clasificar el híbrido que subvertía el periodismo clásico (García, 2009: 139).

En la misma línea se expresa Mario Zimmerman en una investigación realizada en la Universidad de La Matanza, en Argentina, llamada *La crónica latinoamericana como espacio de resistencia al periodismo hegemónico*:

Walsh presentó los diálogos con frases cortas, concisas y contundentes. Y, de esta forma, exhibió las voces que le otorgaban veracidad y credibilidad a los hechos que narraba, al mismo tiempo que los reconstruía. Con los diálogos buscó recuperar la voz de los protagonistas y acercar al lector desde lo emotivo, generando un ensamble entre lo auditivo y lo visual, porque las voces también podían remitir a gritos, disparos, golpes y ruidos (Zimmerman, 2011: 20).

Esta reivindicación es importante porque habla, una vez más, del interés del periodismo narrativo por dejar huella, por testimoniar y, además, es importante porque en el imaginario ha quedado *A sangre fría* (1966) como la primera novela de no ficción, lo que es una afirmación más que temeraria, ya que varios siglos antes Daniel Defoe fue pionero con *The Storm* y *Diario del año de la peste*. Sin embargo, es importante recordar que la obra de Walsh antecedió en nueve años la de Capote.

Operación Masacre (1957) debe considerarse como lo que es, un referente anterior al trabajo de Capote en la búsqueda por aprovechar los recursos que ofrecen juntos el periodismo y la literatura. Eso sí, hay que tener claro que aunque hay una intención formal similar, *Operación masacre* y *A sangre fría* presentan unas claras diferencias analizadas por Kevin Alexis García:

Truman Capote indaga sobre la masacre de una familia norteamericana por parte de dos homicidas, Walsh investiga los fusilamientos ilegales cometidos contra cinco civiles por parte de las fuerzas del gobierno golpista. En Capote se dieron todas las condiciones socioeconómicas para la elaboración del texto, además del apoyo de la comunidad afectada; Walsh investigó en medio de la persecución oficial y la renuencia de la prensa a publicar la denuncia; el objeto de Capote era la obra artística como tal, en Walsh la identificación de los culpables para que se hiciera justicia con las víctimas (García, 2009: 141).

En *A sangre fría* hay una idea de amalgamar una serie de recursos que posee el autor para lograr una obra total, existe el deseo de la consolidación definitiva de una carrera exitosa como escritor, un deseo de innovación profundo, la intención de sacudir los cimientos de la literatura. En *Operación masacre* hay un afán de recoger los testimonios de las víctimas y contar su historia, existe un deseo de denuncia, un fuerte compromiso político que acompañó a Walsh hasta el último día de su vida cuando fue asesinado por órdenes de la Junta Militar, ese compromiso que marcó una época de la literatura latinoamericana y de la que este libro es una obra paradigmática.

El caso de Gabriel García Márquez y de otros integrantes del llamado *Boom* Latinoamericano es muy similar al de Darío y Martí. Estos escritores encontraron en la prensa una forma de ganarse la vida, de “mantener la mano caliente” y de desarrollar estructuras narrativas que nutrieron profundamente sus esquemas literarios.

La carrera de García Márquez en los periódicos comenzó con la publicación del cuento *La tercera resignación* (1947) en las páginas dominicales del periódico *El Espectador*, de Colombia. Este cuento tuvo una gran valoración de uno de los más respetados críticos colombianos, Eduardo Zalamea Borda. Después, García Márquez publicó *Eva está dentro de su gato* (1948), *Tubal-Caín forja una estrella* (1948) y *La otra costilla de la muerte* (1948). Según la investigación del académico francés Jacques Gilard, en mayo de 1948, apareció la primera columna *Punto y aparte* en *El Universal*, de Cartagena. Investigadores como Jorge García Usta, en su libro *García Márquez en Cartagena: sus inicios literarios* atribuyen a esta etapa gran parte de la formación de García Márquez como periodista. El editor del periódico Clemente Manuel Zabala era implacable y corregía las notas de los periodistas con un lápiz rojo.

No obstante, es más conocida y más prolija la época que García Márquez pasó en Barranquilla, en el diario *El Herald*, donde tenía una columna denominada *La Jirafa* y la firmaba con el seudónimo de Septimus (por el personaje Septimus Warren Smith, de *La señora Dalloway*, de Virginia Woolf). Sólo en 1950 publicó 200 columnas. De esta época son famosos los encuentros del llamado Grupo de Barranquilla, una tertulia intelectual que se reunía en el bar La Cueva, alrededor de la figura de José Félix Fuenmayor y el catalán Ramón Vinyes. Participaban, entre otros, Gabriel García Márquez, Alfonso Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio, Ger-

mán Vargas, Alejandro Obregón y Orlando Rivera, aunque también hicieron parte personalidades como el multimillonario Julio Mario Santo Domingo y la poetisa Meira Delmar. Esta época fue definitiva para García Márquez, sobre todo el contacto con Álvaro Cepeda Samudio, quien había estudiado periodismo en la Universidad de Columbia y le presentó algunos de los autores que más marcarían su estilo.

Eso sí, el nombre periodístico de García Márquez está ligado al periódico colombiano *El Espectador*. El propio autor habla de esa época en sus memorias *Vivir para contarla*, en las que menciona en especial su relación con el editor José Salgar:

Me parece que Salgar me puso el ojo como reportero, mientras los otros me lo habían puesto para el cine, los comentarios editoriales y los asuntos culturales, porque siempre había sido señalado como cuentista. Pero mi sueño era ser reportero desde los primeros pasos en la costa, y sabía que Salgar era el mejor maestro, pero me cerraba las puertas quizás con la esperanza de que yo las tumbara para entrar a la fuerza. Trabajábamos muy bien, cordiales y dinámicos, y cada vez que le pasaba un material, escrito de acuerdo con Guillermo Cano y aun con Eduardo Zalamea, él lo aprobaba sin reticencias, pero no perdonaba el ritual. Hacía el gesto arduo de descorchar una botella a la fuerza, y me decía más en serio de lo que él mismo podía creer: —Tuérzale el cuello al cisne (García Márquez, 2002: 519).

Torcerle el cuello al cisne era domar los instintos literarios y concentrarse en el proceso de *reportería*, de investigación de los hechos. Algo difícil para un García Márquez que también quería hacer literatura y que, incluso dentro del periodismo, comenzó con los artículos de opinión, los comentarios que dan mayor libertad estilística. El investigador y profesor universitario Carlos Mario Correa resume, en su libro *La crónica: reina sin corona* (2011), la trayectoria periodística de García Márquez de la siguiente manera:

García Márquez comenzó a escribir en la prensa a los veinte años de edad curiosamente como columnista —toda vez que la regla común en Colombia es que los jóvenes se inicien como reporteros de noticias y especialmente de orden público o de temas gubernamentales—, y a partir de ahí se sucedieron etapas claramente delimitadas, a las que además correspondió la práctica de un género, así: en los periódicos “costeños” el comentario con libertad de estilo y en su caso con muchos toques de humor; en *El Espectador*, sucesivamente los breves editoriales, la crítica de cine y el reportaje; luego la de corresponsal en Europa; de nuevo una de reportero a su regreso a Venezuela donde estuvo vinculado a varias revistas; la de agencia (Prensa Latina), político y de combate (*Alternativa*, por ejemplo) e independiente; y la de cuatro años como articulista consagrado y multinacional, de 1980 a 1984, cuando se retira a escribir su siguiente novela, *El amor en los tiempos del cólera* (1985) (Correa, 2011: 211)

La fama y reconocimiento le llegaron con la literatura y el Premio Nobel; pero dentro de su legado hay un lugar importante para obras maestras del periodismo como *Relato de un naufragio* y cientos de artículos recogidos en los cinco tomos de

su obra periodística completa, que ayudaron a configurar su narrativa y que también representan un momento definitivo para la literatura latinoamericana.

Hay una generación muy importante que definió unas bases de lo que hoy conocemos como crónica latinoamericana actual, dentro de ella se destaca el trabajo de grandes periodistas que sirvieron de ejemplo. Dentro de esos “abuelos de la crónica” podemos nombrar al argentino Tomás Eloy Martínez, a los mexicanos Carlos Monsiváis y Elena Ponistowska o al colombiano Germán Castro Caycedo. De igual manera, a pesar de la distancia geográfica, podemos decir que es un referente, por su trabajo y por los talleres que ofreció con la Fundación Nuevo Periodismo, Ryszard Kapuscinski.

Después hay una generación de los que podríamos denominar los “padres de la crónica”, en ella se agrupan nombres fundamentales sacramentados por la figura de maestros que adquirieron gracias al trabajo de la Fundación Nuevo Periodismo, nombres como los de: Alma Guillermoprieto, Jon Lee Anderson, Juan Villoro y Martín Caparrós.

Luego aparecen los exponentes de la crónica latinoamericana actual, ligados al programa Nuevos Cronistas de Indias, una idea de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, que, en su página web, los define como: “Exploradores contemporáneos, viajan por los territorios urbanos y rurales de Hispanoamérica, para descubrir con el rigor de la *reportería* y contar con voz propia las historias tiernas, terribles y también asombrosas de los múltiples nuevos mundos que conviven en nuestras sociedades desiguales”. Entre los más destacados están: Julio Villanueva Chang, Juan Pablo Meneses, Leila Guerriero, Josefina Licitra, y Alberto Salcedo Ramos.

Actualmente existe una generación de cronistas que son los que mejor cuentan el destino, los que con mayor vitalidad retratan y testimonian el presente de América Latina y que se dedican particularmente al género que la argentina Leila Guerriero ha definido como “historias de no ficción que requieren largos trabajos de campo y que se narran utilizando recursos formales de la literatura de ficción”.

Darío Jaramillo Agudelo ha dicho acerca de esta generación, en el prólogo de la *Antología de la crónica latinoamericana actual*:

Un lector que busque materiales que lo entretengan, que lo asombren, le hablen de mundos extraños que están enfrente de sus narices, un lector que busque textos escritos por gente que le da importancia a que ese el lector no se aburra, ese lector va sobre seguro si lee la crónica latinoamericana actual (Jaramillo, 2011: 11).

Jaramillo Agudelo es consciente de que el principal requisito de los “nuevos cronistas” de América Latina es no aburrir al lector. Esto mismo lo planteó hace muchos años Tomás Eloy Martínez, quien observó que para conservar a los lectores no era suficiente con informarlos, también había que entretenerlos:

Casi todos los días, los mejores diarios del mundo se están librando del viejo corsé que obligaba a dar una noticia obedeciendo al mandato de responder en las primeras líneas a las seis preguntas clásicas o en inglés las cinco W: qué, quién, dónde, cuándo, cómo y por qué. Ese viejo mandato estaba asociado, a la vez, con un respeto sacramental por la pirámide invertida, que fue impuesta hace un siglo, cuando los diarios se componían con plomo y antimonio y había que cortar en cualquier párrafo para dar cabida a la publicidad de última hora (Martínez, 2006: 153).

Los cronistas actuales saben que no pueden traicionar el compromiso con la información, se mantiene la idea clara de que se está haciendo periodismo; pero es un tipo de periodismo que refresca, que sacude, que enseña, que traduce, que saca de la ignorancia, que busca algún aspecto que nunca haya sido dicho y lo cuenta de una forma amena y diferente “Los cronistas latinoamericanos de hoy encontraron la manera de hacer arte sin necesidad de inventar nada, simplemente contando en primera persona la realidad en la que se sumergen sin urgencia de producir noticias” (Jaramillo, 2011: 11).

Estos cronistas se han encargado de encontrar una poética de la realidad, además se inscriben en una rica tradición periodística en cada uno de sus países. También son conscientes de su importancia como autores; pero no para ser protagonistas, sino para aportar desde su mirada, que busca ser única y particular. Asimismo, están conscientes de que sus historias requieren tiempo para compartir con los personajes, para escribir y corregir muchas veces. Por eso era muy complejo que su trabajo se publicara en periódicos. Surgieron, entonces, una serie de revistas que han sido exitosas en distintos lugares del continente. El escenario de las revistas ha sido nuevamente un ambiente propicio para el desarrollo de la crónica, como lo fue para los Nuevos Periodistas norteamericanos en la década del setenta. Las revistas han sido ambiciosas, han invertido recursos, han otorgado espacio y tiempo a los cronistas. Además, han proporcionado un grupo de editores que ha ayudado a la formación de los cronistas. La labor del editor ha crecido, se ha fortalecido y ha tomado gran importancia. Aunque todavía está muy lejos de la potente figura de los editores estadounidenses, cada día se hace más fuerte.

Los cronistas latinoamericanos saben que la crónica es espacio que posibilita a las personas comunes y corrientes contar su historia, ser visibles, dejar huella. Por eso Boris Muñoz, en su texto *Notas desabotonadas* (2011). *La crónica latinoamericana*, cita a Ezequiel Borges “la crónica es el presente, es el pasado, es el futuro y es el ser del ser de la literatura latinoamericana. Sin la crónica seríamos murciélagos sin radar, y un murciélago sin radar está jodido” (Muñoz, 2011: 627). La crónica está en el principio de las narraciones de lo latinoamericano, desde los Cronistas de Indias; perduró en la época de la Colonia, se fortaleció y tomó vida propia en el siglo XIX y ahora se presenta como una poderosa manera que tiene la literatura para representar nuestra realidad actual. Una realidad que tiene nobles propósitos políticos como estar en contra de las versiones oficiales, así lo indica Jordi Carrión en la antología *Mejor que ficción*:

El cronista trabaja en contra de la versión oficial, contra el comunicado de prensa, contra la simplicidad de cualquier marca. Genera complejidad porque sabe que, aunque la realidad es múltiple, sus cronistas oficiales pretenden que parezca sencilla (Carrión, 2012: 19).

La crónica, como ha observado Martín Caparrós, es política, toma una posición y ha sido así desde el comienzo. Esta postura es clara en la investigación *La crónica latinoamericana como espacio de resistencia al periodismo* (2011), liderada por Mario Zimmerman, en la que se presenta a la crónica con una mirada contrahegemónica, contra capitalista, que otorga voz a los que no la han tenido. En uno de sus apartados habla de la crónica *contemporánea* y rastrea sus orígenes

en las situaciones vividas en América Latina en la década de los noventa e incluso se va más atrás, con las ideas neoliberales de las dictaduras chilena y argentina, la presidencia en México de Salinas de Gortari, de Ménem, en Argentina; de Carlos Andrés Pérez, en Venezuela, de Fujimori, en Perú y podríamos agregar la de César Gaviria en Colombia:

En términos económicos y sociales, las políticas neoliberales aplicadas en la región provocaron el surgimiento de nuevas identidades sociales, más frágiles y volátiles, acompañadas por un aumento cuantitativo y cualitativo de las formas de pobreza; el aumento de la desocupación y la subocupación; el desmantelamiento sistemático de las políticas sociales universalistas; el cierre de fábricas y comercios medianos y pequeños; la concentración del poder económico y la destrucción de las economías regionales.

El aumento de la pobreza produjo una merma en el nivel de vida de ciertos grupos poblacionales, marcando fuertes diferencias sociales. Dentro del marco de la economía mundial los Estados nacionales terminaron debilitando su poder en pos de la economía globalizada de libre mercado. El planteo, que se expandió como un dogma, fue que el mercado podía prestar mejor los servicios que el mismo Estado, con mayor eficacia y menor coste (Zimmerman, 2011: 31).

Esta realidad social, según Zimmerman y su equipo de trabajo, provocó el surgimiento de la crónica contemporánea, que se ha preocupado por temas y personajes alejados de los reflectores. Historias mínimas, de personajes anónimos, historias que retratan la desigualdad social. La crónica es un género complejo, por eso no es masiva; es un género difícil que requiere tiempo y recursos, aun así es un género que atraviesa todo el continente, desde México hasta Argentina.

4. Conclusiones

1. La crónica es un género latinoamericano por excelencia, de hecho el término crónica sólo se concibe como tal en América Latina. En España, por ejemplo, hay muy buenos trabajos de periodismo narrativo; pero están más asociados a las columnas de opinión que escriben autores como: Rosa Montero, Javier Cercas, Manuel Vicent, etc.
2. La crónica ha hecho aportes muy significativos a la literatura latinoamericana, le ha aportado temas, metodologías y maneras de concebir la escritura. Sucedió así desde los llamados Cronistas de Indias.
3. El *Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, se convirtió en un texto pionero en el tema de la crónica porque combina, de manera sistemática, las relaciones entre periodismo y literatura y pretende dejar huella de una época determinada, uno de los grandes propósitos de la crónica.
4. La crónica fue muy importante para el desarrollo del Modernismo latinoamericano porque los autores la practicaron con regularidad, el contacto directo con la gente, los lugares y la actualidad, les permitió unas reflexiones diferentes a las que hacían con la poesía. Estos hechos nutrieron profundamente su mirada.

5. Rodolfo Walsh fue un autor muy importante en el periodismo narrativo latinoamericano porque concibió la idea de utilizar la investigación periodística y las técnicas propias de la novela para desarrollar una “novela de no ficción”, incluso 9 años antes de que Truman Capote escribiera *A sangre fría*.
6. La crónica también fue un laboratorio del estilo y el método de trabajo de Gabriel García Márquez quien escribió periodismo durante toda su vida y aplicó a todos sus libros el compromiso con la palabra, a vida completa. Tanto en su literatura como en su obra periodística utilizó recursos intercambiables que hicieron más poderosa su prosa.
7. La crónica está en el principio de la narración latinoamericana y hoy hay una generación de cronistas que ha despertado un gran interés y que ha sabido tomarle el pulso a la realidad con un método que requiere investigación y que tiene el compromiso ineludible de no aburrir al lector.

5. Referencias bibliográficas

- Adorno, T. (1983). *Teoría estética*. Madrid: Orbis.
- Albaladejo Mayordomo, T. (1991). *Retórica*. Madrid: Síntesis.
- Albaladejo Mayordomo, T. (2000). El texto político de escritura periodística: la configuración retórica de su comunicación. En: *Círculo de lingüística aplicada a la Comunicación*. <http://www.ucm.es/info/circulo/no1/albalade.htm>. Recuperado el 20 de octubre de 2011.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Boyton, Robert S (2005). El taller de Gay Talese. En: *El Malpensante*. Número 65. 16 de septiembre — 31 de octubre. Bogotá.
- Cantavella, J. (2004). *La crónica en el periodismo: explicación de hechos actuales. Redacción para periodistas: informar e interpretar*. Barcelona: Ariel.
- Caparrós, M. (2007). *Por la crónica*. Disponible en: http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparrós_martin.htm. Recuperado el 15 de febrero de 2012.
- Capote, T. (2007). *A Sangre fría*. Barcelona: Anagrama.
- Carrión, J. (2012). *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Barcelona: Anagrama.
- Chiappe, D. (2010). *Tan real como la ficción*. Barcelona: Laertes.
- Chillón, A. en *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*
- Clarke, G. (1989). *Truman Capote. La biografía*. Barcelona: Ediciones B.
- Colón, C. (2011). *Diario de abordó*. Disponible en: http://www.elhistoriador.com.ar/documentos/conquista_y_colonia/diario_de_a_bordo_de_cristobal_colon.php. Recuperado el 18 de junio de 2012.
- Correa, C. (2011). *La crónica reina sin corona*. Medellín: EAFIT.
- Darrigrandi, C. (2013). *Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio*. En: *Cuadernos de literatura*. Vol. XVII. Número 34. Santiago de Chile
- Donado, D. (2003) *Crónica anacrónica. Un estudio sobre el surgimiento, auge y decadencia de la crónica periodística en Colombia*. Bogotá: Editorial Panamericana.
- García, Kevin. (2009). *Periodismo, arte y testimonio. Operación masacre: el legado de un escritor anfibio*. Revista Nexos número 5. Cali: Universidad del Valle. Disponible en: <http://dintev.univalle.edu.co/revistasunivalle/index.php/nexus/article/view/1061>. Recuperado el 10 de junio de 2012.
- García Márquez, G. (2000). *Relato de un naufrago*. Bogotá: Editorial Norma.
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma.

- García Usta, J. (2007). *García Márquez en Cartagena: sus inicios literarios*. Bogotá: Seix Barral.
- Gilard, J. (1997). Prólogo. En: Gabriel García Márquez. *Obra periodística: Textos costeños*. Bogotá: Norma.
- Gº, J. (1989) *Géneros periodísticos*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente.
- Genette, G. (1991). *Ficción y dicción*. Madrid: Lumen.
- Giardinelli, M. (2003). *Así se escribe un cuento*. Madrid: Punto de lectura.
- Guerrero, L. (2009). *Frutos extraños. Crónicas reunidas 2001-2008*. Bogotá: Aguilar.
- Guerrero, L. (2010). *Algunas mentiras sobre el periodismo*. En: Revista *El Malpensante*. Número 108. Mayo de 2010. Disponible en: http://elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=337. Recuperado el 8 de octubre de 2011.
- Guerrero, L. (2012). *La verdad y el estilo*. En: *El País*. Disponible en: http://cultura.elpais.com/cultura/2012/02/15/actualidad/1329307919_560267.html. Recuperado el 18 de febrero de 2012.
- Herrscher, R. (2009). *Periodismo narrativo*. Santiago: RIL Editores.
- Hersey, J. (2002). *Hiroshima*. Madrid: Turner.
- Hoyos, J.J. (1997) *Periodismo y literatura: el reportaje en Colombia 1870-1970*. Medellín: Centro de investigaciones. Facultad de Comunicaciones. Universidad de Antioquia. Especialización en Periodismo investigativo.
- Hoyos, J. J. (2003) *Literatura de urgencia*. Medellín: Universidad de Antioquia, Legado del Saber, Vol. 13.
- Hoyos, J. J. (2003). *Escribiendo historias el arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Jaramillo, D. (2011). *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- Jauss, H. (2000). *La historia de la literatura como provocación*. Barcelona: Ediciones Península.
- Kapuscinski, R. (2005). *Los cínicos no sirven para este oficio*. Barcelona: Anagrama.
- Kapuscinski, R. (2010). *Encuentro con el otro*. Barcelona: Anagrama.
- Martínez, T. (2006). *La otra realidad. Antología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Monsiváis, C. (2006). *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México: ERA.
- Muñoz, B. (2011). *Notas desabotonadas. La crónica latinoamericana*. En: *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- Nicholson, W. (1920). *The historical sources of Defoe's Journal of the Plague Year*. Washington: Library of Congress Catalog.
- Ricoeur, P. (1987). *Tiempo y narración*. Madrid: editorial Cristiandad.
- Rodríguez Freyle, J. (1975). *El Carnero*. Cali: Círculo de lectores.
- Rotker, Susana. (2005). *La invención de la crónica*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Salcedo Ramos, A. (2011). *La eterna parranda. Crónicas 1997-2011*. Bogotá: Aguilar.
- Sierra, F. y López, A. (2016). Periodismo narrativo y estética de la recepción. La ruptura del canon y la nueva crónica latinoamericana. En: *Estudios sobre el mensaje periodístico*. Volumen 22. Número 2. Universidad Complutense de Madrid.
- Sims, N. (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá: Ancora editores.
- Stainer, G y Otros. (2000). *Extraterritorial: ensayos sobre literatura y la revolución del lenguaje*. Argentina: Adriana Hidalgo.
- Steiner, G. (1982) *El género pitagórico*. En: *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa.

- Todorov, Tzvetan. (1988) *El origen de los géneros*. En: *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco/Libros S.A.
- Vallejo Mejía, M. (1997). *La Crónica en Colombia. Medio siglo de oro*. Bogotá: Biblioteca familiar Presidencia de la República.
- Vallejo Mejía, M. (2006) *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá: Planeta.
- Velásquez Ossa, C.S. y otros. (2005). *Manual de géneros periodísticos*. Bogotá: Ecoe Ediciones.
- Villanueva Chang, J. (1999). *Mariposas y murciélagos*. Lima: Fondo Editorial de la UPC.
- Villanueva Chang, J. (2006). *Un día con Julio Villanueva*. Aragón: Asociación de la Prensa de Aragón. Congreso de periodismo digital.
- Villanueva Chang, J. (2008). *Elogios criminales*. México: Mondadori.
- Villanueva Chang, J. (2011) *El que enciende la luz ¿Qué significa escribir una crónica hoy?* En: *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- Villoro, J. (2006). *La crónica ornitorrinco de la prosa*. En: *La Nación*. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>. Recuperado el 3 de septiembre de 2011.
- Villoro, J. (2006). *Dios es redondo*. Bogotá: Planeta.
- Walsh, R. (2008). *Operación masacre*. Madrid: 451 editores.
- Wolfe, T. (1977). *El nuevo periodismo*. España: Anagrama.
- Zimmerman, M. (2011). *La crónica como espacio de resistencia al periodismo hegemónico*. Buenos Aires: Universidad de la Matanza.